

bre, por la goma de los sobres. Con arreglo a ella, iba a ser colgado:

1.° Por haber ido a Rusia para mezclarse en asuntos que nada importaban a su nacionalidad, y esto a pesar de la previa advertencia que le habían hecho en Francia.

2.° Por no haber respetado promesas de neutralidad que libremente había hecho a un representante del Comité central revolucionario.

3.° Por haber tratado de penetrar el misterio de la quinta de Trebassof.

4.° Por haber hecho detener y azotar por Kuprian al compañero Mataiew.

5.° Por haber denunciado a Kuprian la personalidad de los dos médicos que habían recibido el encargo de curar al general Trebassof.

6.° Por haber hecho detener a Natacha Feodorovna. Evidentemente, era mucho más de lo que hacía falta.

Rouletabille besó sus iconos y se los entregó a Annouchka, así como las cartas. Luego, con los labios ligeramente temblorosos y la frente bañada por frío sudor, declaró que estaba dispuesto a sufrir su suerte.

## XVII.—LA ÚLTIMA CORBATA

El *gentleman del Neva* le dijo:

—Si eso os molesta, saldremos al patio.

Rouletabille comprendió que en la pieza donde había sido pronunciada la sentencia no era posible colgarle, a causa de las extravagancias del reo anteriormente condenado al suplicio. No sólo había cedido el aparato, cuerda y armella, sino que, además, se había desprendido una parte de la viga.

—No me molesta nada—respondió Rouletabille.

Mentía. Aquello le molestaba tanto, que súbitamente se puso más blanco que su camisa, y tuvo que apoyarse en el brazo del *gentleman del Neva* para seguirle.

Abrióse la puerta; todos los señores que habían votado su muerte salieron en medio del más lúgubre silencio, y el *gentleman del Neva*, que decididamente estaba encargado de hacerle los últimos honores, con mucha suavidad condujo al repórter a un patio.

Era muy amplio, y estaba rodeado de un alto muro de tablas; algunas pequeñas construcciones y puertas cerradas se elevaban a derecha e izquierda. En un rincón había una gran chimenea medio demolida. Rouletabille supuso que debía de hallarse en una antigua fábrica abandonada. Sobre su cabeza el cielo tenía una palidez de sudario. Un ruido sordo y repetido, acompasado como el que pro-

ducen las olas rodando sobre la playa, le indicó que el mar no debía de hallarse lejos.

Tuvo espacio suficiente para hacer todas estas observaciones, porque se había detenido un momento su marcha al suplicio, y le hicieron sentarse en el patio en un arcón viejo. A algunos pasos de allí, en el sotechado donde sin duda le colgarían, un hombre subido en un escabel (el escabel que había servido a Rouletabille hacía un momento) a golpes de martillo clavaba una gruesa escarpia en una viga que pasaba por encima de su cabeza.

Los ojos del repórter, que no habían perdido la costumbre de examinarlo todo, se fijaron en un saco de grosera tela que yacía en el suelo. El joven sintió un leve estremecimiento, porque vió que aquel saco contenía una forma humana. Volvió la cabeza; pero halló el saco vacío que le estaba destinado. Entonces cerró los ojos... Percibió a lo lejos el eco de una música, un ruido de *balalaika*, y pensó: "¡Ah! ¡Decididamente, estamos en Finlandia!"; porque sabía que si la guzla es rusa, la *balalaika* es más bien finlandesa. Consiste en una especie de acordeón que los aldeanos tocan melancólicamente en el umbral de su *touba*. Así la había visto y oído una tarde que fué a Pergalowo, y un poco más lejos, en la línea de Viborg. Se representaba la construcción donde se hallaba encerrado con el tribunal revolucionario tal como parecería por fuera al pasar junto a ella: inofensiva, semejante a muchas otras, cobijando bajo sus techos derruidos de antigua fábrica abandonada algunos hogares de obreros ocupados en tocar la *balalaika* en el umbral después de los trabajos del día.

De repente, en medio de la inefable paz de la tarde, mientras la *balalaika* lloraba y el hombre probaba allá abajo la solidez del clavo, una voz, la voz grave y pro-

funda de Annouchka, cantó fuera para el francés próximo a morir:

¿A qué tejer la corona  
de lilas, rosa y tomillo?  
Si mi mano te abandona,  
¿quién llevará tu corona  
de lilas, rosa y tomillo?

.....  
¡Si me escucha algún amigo,  
venga a estrecharme la mano,  
y acceda a llorar conmigo  
al vencerme un odio insano!

.....  
¿Quién llevará tu corona  
de lilas, rosa y tomillo?

Rouletabille oyó morir la voz con el último suspiro de la *balalaika*.

—¡Es muy triste!—murmuró levantándose.—¡Pero vamos allá!—Y se levantó tambaleándose.

En aquel momento iban a buscarle. Allá abajo todo debía de estar preparado. Le condujeron suavemente hacia el cobertizo. Cuando estuvo debajo del clavo y al lado del escabel, le obligaron a volverse, y le leyeron algo en ruso, sin duda dirigido, más que a él, a algunos de los presentes que no comprendían el francés. A Rouletabille le costaba inmenso trabajo mantenerse correctamente sobre sus pobres piernas, que flaqueaban y se rendían.

El *gentleman del Neva* volvió a decirle:

—Caballero, acaban de leeros la última fórmula. En ella os preguntan si antes de morir tenéis algo que agre-

gar a lo que ya sabemos relativamente a la sentencia que os ha condenado.

Rouletabille creyó que la saliva, que por el momento le costaba mucho esfuerzo tragar, no le permitiría pronunciar una palabra. Pero la vergüenza que sentía por semejante desfallecimiento, a tiempo que recordaba la sangre fría de tantos ilustres condenados a muerte en sus últimos momentos, le dió las últimas fuerzas necesarias para conservar su reputación.

—¡Dios mío!—dijo.—Esa sentencia no está del todo mal redactada. Sólo me parece que es demasiado corta. ¿Por qué no se menciona en ella el crimen que he cometido colaborando a la trágica muerte del pobre Miguel Korsakof?

—Miguel Korsakof era un miserable—respondió la voz sorda y vindicativa del hombre que había presidido el juicio, y que en aquel instante supremo se hallaba frente a Rouletabille.—Matando a ese hombre, la policía de Kuprian nos ha librado de un traidor.

Rouletabille lanzó un grito, un grito de gozo; y, sin embargo, tenía alguna razón para creer que en el punto a que había llegado de su hartó breve carrera, no debía esperar más que dolor. Pero he aquí que la Providencia, en su bondad infinita, antes de morir le enviaba un consuelo inefable: *la certidumbre de no haberse equivocado.*

—¡Perdón, perdón!—balbuceó con una alegría que le sofocaba casi tanto como con toda seguridad iba a sofocarle el maldito nudo que preparaban detrás de él.—¡Perdón! ¡Un segundo todavía, concededme un brevísimo segundo! ¡Entonces, señores, estamos de acuerdo! ¿No es así? ¿Ese Miguel Nikolaievitch era el último de los miserables?

—¡El primero!—dijo la voz sorda.

—Es lo mismo, mi querido señor. ¡Un traidor, un villano traidor!—continuó Rouletabille.

—Un envenenador—replicaron varias voces.

—¡Vulgar! ¿No es eso? Pero, decidlo; un vulgar envenenador, que con pretexto de nihilismo atendía a sus propios negocios, trabajaba para sí mismo, y os engañaba a todos.

A la sazón la voz de Rouletabille sonaba como una corneta. Alguien dijo:

—No nos ha engañado mucho tiempo: nuestros mismos enemigos se han encargado de castigarle.

—¡Yo he sido, yo!—exclamó radiante Rouletabille.—¡Yo fui quien preparó aquella magnífica emboscada! ¿Creéis que estaba bien dispuesta? Yo soy quien os ha librado de él. ¡Yo bien sabía—ya lo veis,—yo bien sabía, señores, en el fondo de mi conciencia que no podía, no, haberme engañado! Dos y dos siempre son cuatro. ¿No es verdad? ¡Y Rouletabille siempre es Rouletabille! ¡Señores, hay algo bueno!

Pero probablemente también había algo malo, porque el *gentleman del Neva* se dirigió llevando en la mano la gorra de visera, y le dijo con aire muy triste:

—Caballero, ya sabéis por qué los considerandos de vuestra sentencia no invocan contra vos un hecho que, por el contrario, os era favorable. Ahora ya no queda más que ejecutar un fallo manifestamente justificado...

—¡Ah! Pero... ¡Esperad un poco! ¡Qué diablo! ¡Ahora que ya estoy seguro de no haberme equivocado y de que sigo siendo Rouletabille, siento algún apego a la vida!...

Un murmullo hostil demostró al condenado que la paciencia de sus jueces empezaba a tocar a sus límites.

—Caballero—dijo el presidente,—sabemos que no per-

tenecéis a la religión ortodoxa. Sin embargo, tenemos un pope a vuestra disposición.

—¡Oh, sí! ¡Eso es! ¡Haced venir al pope!—gritó Rouletabille.

Y decía para sus adentros:—“¡Siempre se gana tiempo!”

Uno de los revolucionarios se dirigió a una pequeña capilla, que sin duda había sido trasformada en capilla, en tanto que los demás compañeros miraban al repórter con menos simpatía que hasta entonces. Si su bravura los había impresionado gratamente, empezaban a estar profundamente disgustados con sus gritos y sus protestas y con toda aquella mímica, evidentemente encaminada a retardar la hora de la muerte.

De pronto Rouletabille subió al escabel fatal. Hubiérase creído que al fin se decidía a poner fin a aquella comedia y a morir de un modo conveniente; pero no subió con tal intento, sino para pronunciar un discurso.

—¡Señores, entendedme bien! Una vez que no me suprimís por vengar a Miguel Nikolaievitch, ¿por qué me ahorcáis? ¿Por qué me infligís este horrible suplicio? ¿Porque me acusáis de ser la causa del arresto de Natacha Feodorovna! Evidentemente, anduve algo torpe, de lo cual yo solo me acuso...

—Es que con vuestro revólver disteis la señal a los agentes de Kuprian. Os habéis portado como un rumi policía.

En vano Rouletabille quería protestar, explicarse, decir que, muy al revés, su disparo había salvado a los revolucionarios. No querían oírle, o se negaban a creerle.

—He aquí el pope, caballero—le dijo el *gentleman del Neva*.

—¡Un segundo! ¡Son mis últimas palabras, y os juro que después de ellas, yo mismo me pasaré la cuerda por

el cuello! ¡Pero oidme, oidme bien! Natacha Feodorovna era para vosotros el más preciado recluta. ¿No es esto?

—¡Un verdadero tesoro!—contestó la voz del presidente, cada vez con más impaciencia.

—Por lo tanto—continuó el repórter,—su arresto ha sido para vosotros un golpe terrible.

—¡Terrible!—replicaron algunos.

—¡No me interrumpáis! Pues bien; quiero deciros una cosa: *Si yo parase ese golpe...* Si después de haber sido causa inconsciente del arresto de Natacha consiguiese que pusieran en libertad a la hija del general Trebassof, y eso en veinticuatro horas... ¿qué diríais entonces? ¿Es que después de hacer eso querriais colgarme?

El presidente, el que tenía la dulce figura de Jesús en día de Ramos, dijo:

—Señores, Natacha Feodorovna ha caído víctima de una terrible maquinación, cuyo misterio no habíamos podido penetrar hasta ahora. Está acusada de haber querido envenenar a su padre y a su madrastra, y en condiciones tales, que parece que a la razón humana le es imposible demostrar lo contrario. Anonadada por el suceso, ella misma ha sido incapaz de responder cosa alguna a los que la acusaban, y su silencio ha podido pasar por una confesión. Señores, Natacha Feodorovna va a emprender mañana el camino de Siberia. No podemos hacer nada por ella. Está perdida para nosotros...

Y con un gesto dirigido a los que rodeaban a Rouletabille añadió:

—¡Señores, cumplid con vuestro deber!

—¡Perdon, perdón! ¿Y si yo pruebo la inocencia de Natacha? ¡Esperad, señores! *¡Sólo yo puedo demostrar esa inocencia!* ¡Matándome a mí, perderéis a Natacha!

—Si hubierais podido probar esa inocencia, caballero, ya lo habríais hecho. No hubieseis esperado...

—¡Perdón, perdón! ¡Es que hasta este momento no podía hacerlo!

—¿Por qué?

—Es que estaba enfermo, señores, muy gravemente enfermo. Esa historia de Miguel Nikolaievitch y del "veneno que continuaba" me había privado de todos mis recursos. Ahora que estoy seguro de no haber hecho ejecutar a un inocente... ¡vuelvo a ser Rouletabille! ¡No es posible que no encuentre..., que no adivine...!

La voz terrible de la dulce figura de Jesús repitió:

—¡Señores, cumplid con vuestro deber!

—¡Perdón, perdón! ¡Esto tiene gran interés para vosotros! La prueba de ello es que no me habéis ahorcado todavía. ¡Ah; no habéis tenido tantos miramientos con mi predecesor. Me habéis oído, porque habéis *esperado*... Pues bien; dejadme, dejadme reflexionar, ¡qué diablo! Yo asistí a aquel fatal desayuno, y sé mejor que nadie cómo ocurrieron las cosas. ¡Cinco minutos! ¡Os pido cinco minutos! ¡No es mucho tiempo cinco minutos!

Las últimas palabras del condenado parecían haber impresionado singularmente a los revolucionarios, que se miraban en silencio.

Entonces el presidente sacó su reloj, y dijo:

—¿Cinco minutos? ¡Os los concedemos!

—Poned aquí vuestro reloj... Allí; en aquel clavo. Es la hora menos seis minutos. Me concederéis hasta que dé la hora.

—Sí, hasta que dé la hora. El reloj mismo os marcará el límite del plazo.

—¡Ah! ¡Da la hora! ¡Entonces, como el reloj del General! ¡Bien! ¡Estamos conformes!

Entonces se dió el curioso espectáculo de ver a Rouletabille sentado en el escabel del suplicio, con la cuerda fatal pendiente sobre su cabeza, las piernas cruzadas y los codos en las rodillas, en la actitud eterna en que el arte ha representado al pensamiento humano, con los puños en la barba, la mirada fija, y en torno suyo, todos aquellos jóvenes inclinados sobre su silencio, sin moverse un ápice, a su vez convertidos en estatuas para no interrumpir a aquella estatua pensativa.

.....

## XVIII.—UN EXPERIMENTO SINGULAR

Los cinco minutos habían pasado, y el reloj empezaba a dar las siete campanadas de la hora. ¿Señalaba la muerte de Rouletabille? Tal vez no, porque a la primera vibración del argentino tintineo se vió que Rouletabille se estremecía, levantaba la cabeza, erguía su inspirada frente, con los ojos radiantes de luz, se enderezaba, extendía los brazos y gritaba:

—¡Lo he encontrado!

Tanta alegría irradiaba su rostro extático, que parecía rodearle de una aureola, y ninguno de los presentes dudó que hubiese hallado la solución del imposible problema.

—¡Lo he encontrado! ¡Lo he encontrado!—repetía.

Todos se aproximaron; pero él los apartó con un gesto de alucinado.

—¡Dejadme sitio!—decía.—*¡Lo he encontrado, si sale bien mi experimento!* ¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco...!

¿Qué hacía? Contaba pasos, pasos largos, como en un duelo. Y los otros, todos los otros, le seguían en silencio, estupefactos, pero sin protestar, como si fuesen arrastrados por la misma extraña alucinación. Siempre contando los pasos, atravesó el patio, todo el patio, que era vasto. “¡Cuarenta..., cuarenta y uno..., *cuarenta y dos!*—gritó con fuerza.—¡He aquí una cosa bien extraña, y de feliz augurio!”

Los otros, que no comprendían nada, no le preguntaban cosa alguna, porque veían que no había más que dejarle hacer sin interrumpirle, lo mismo que es preciso guardarse de despertar bruscamente a un sonámbulo. No sentían ninguna desconfianza, porque no podía ocurrírseles la idea de que Rouletabille fuera bastante necio para esperar librarse de ellos mediante un subterfugio imbécil. ¡No, no! Se dejaban conducir por aquella frente inspirada, y muchos de ellos estaban tan impresionados, que inconscientemente repetían todos sus gestos. Rouletabille llegó al umbral de la pieza donde se había celebrado el juicio. Allí le era preciso subir una especie de gradería de madera carcomida, cuyos escalones contó también. Penetró en el corredor; pero, dejando a un lado la puerta que daba al pretorio, se dirigió hacia una escalera que subía al primer piso, cuyos escalones contó también, a tiempo que los subía. Unos iban siguiéndole: otros le precedían reculando; pero ninguno de ellos parecía existir para él, que sólo vivía "en su pensamiento". Así llegó al rellano, en el cual se detuvo. Empujó una puerta, y se halló en una habitación amueblada con una mesa, dos sillas, un jergón y un enorme armario. Se dirigió al armario, dió la vuelta a la llave, y le abrió. El armario estaba vacío. Cerró de nuevo la puerta del armario, y se guardó la llave en el bolsillo. Volvió al rellano, pidió la llave de la puerta de la habitación de donde salía; se la dieron, cerró también aquella puerta, e igualmente guardó la llave. Luego descendió al patio. Pidió una silla, y se la llevaron. En seguida apoyó la frente en una mano, y reflexionó profundamente; cogió la silla, y la llevó cerca del cobertizo. Los otros le miraban hacer, y no sonreían, porque no se sonríe cuando se ven cosas a cuyo término está la muerte.

Al fin habló Rouletabille.

—Señores—dijo con voz profundamente conmovida, porque comprendía que llegaba al minuto decisivo después del cual sólo podía encontrar lo irrevocable.—Señores, para proseguir mi experimento, me veré obligado a entregarme a ejercicios que pudieran evocar en vosotros la idea de una tentativa de fuga, de evasión. Espero que no me creeréis bastante estúpido para haber concebido tan grosero pensamiento.

—Caballero—dijo el jefe,—podéis entregaros a todos los ejercicios que queráis. ¡Nadie se libra de nosotros! Fuera de aquí, os tendríamos al alcance de nuestro brazo exactamente igual que aquí mismo. Además, es imposible escaparse.

—Perfectamente. Estamos de acuerdo. En estas condiciones, os ruego que cada cual permanezca en el sitio que ocupa en este momento, y que, si no queréis estorbarme, nadie se mueva, haga yo lo que quiera. Enviad a algunos al primer piso, adonde voy a subir otra vez, y que, sin intervenir en ello, miren lo que va a ocurrir desde el fondo de la escalera. Finalmente, no me dirijáis la palabra mientras dura el experimento.

Dos de los revolucionarios subieron al primer piso, en el cual abrieron una ventana para ver lo que pasaba en el patio. Todos mostraban vivísima curiosidad por los gestos de Rouletabille y los actos que ejecutaba. El repórter volvió al cobertizo, entre *su* escabel y *su* cuerda.

—¡Atención!—dijo.—¡Va a empezar!

De pronto partió como un loco; como una flecha atravesó el patio en línea recta, entró en la *touba*, saltó la escalera, se registró el bolsillo para buscar las llaves, abrió la puerta de la habitación que había cerrado antes, giró en redondo, descendió con la misma vivacidad, hallóse de nuevo en el patio, torció a la derecha en dirección a la silla,

le dió la vuelta corriendo, y al mismo paso volvió al cobertizo. No bien hubo llegado, lanzó un grito de triunfo mirando el reloj colgado del poste. "¡He ganado!"—dijo; y se dejó caer con alegría conmovedora en el fatal escabel. Todos le rodearon, y en todos los rostros pudo leer Rouletabille la más ardiente curiosidad. Todavía anhelante por la desordenada carrera, pidió decir reservadamente dos palabras al jefe del Comité secreto.

Entonces el que había pronunciado el fallo y que tenía la dulce figura de Jesús se le acercó, y entre ambos jóvenes hubo un breve cambio de palabras. Los demás se habían apartado, y de lejos, siempre en medio del más solemne silencio, asistieron a aquel misterioso coloquio, que ciertamente decidía de la suerte de Rouletabille.

—Señores—dijo el jefe,—el joven francés va a recobrar la libertad. Le concedemos veinticuatro horas para que libre a Natacha Feodorovna. Si pasadas esas veinticuatro horas no ha triunfado, *volverá a constituirse nuestro prisionero dondequiera que se halle.*

Un murmullo de beneplácito acogió estas palabras. Supuesto que el jefe hablaba así, no podía ponerse en duda la salvación de Natacha. El jefe añadió:

—Como, según me dice el joven francés, la liberación de Natacha debe ir seguida de la de nuestro compañero Mataiew, decidimos que si ambas condiciones se cumplen, M. José Rouletabille podrá volver con toda seguridad a Francia, de donde nunca debió salir.

Sólo dos o tres dijeron:—¡Este niño se burla de nosotros! ¡No es posible lo que promete! Pero el jefe declaró:

—¡Dejad hacer a ese niño, que realizará milagros!

**D**E buena me he librado!—exclamaba Rouletabille cuando en medio de la noche se halló en la esquina del canal Catalina y la Aptiekarski-pe-reoulok, a tiempo que el coche que le había conducido partía a toda velocidad hacia las grandes caballerizas.— ¡Qué país! ¡Qué país!

Y comió en la gran Morskaia, que estaba allí cerca, entró en el hotel como una tromba, sacó al intérprete de la cama, le pidió recado de escribir y su cuenta, y le preguntó a qué hora salía el tren para Tsarskoie-Selo. Y como el intérprete le dijera que no podía darle la cuenta a aquella hora, que no podía dejarle irse sin pasaporte, y que ya no había ningún tren para Tsarskoie-Selo, Rouletabille armó tal alboroto, que despertó a todo el mundo en el hotel. Temiendo un nuevo escándalo, los viajeros permanecieron encerrados en sus habitaciones. Pero el director bajó temblando para ver lo que ocurría. Cuando supo quién era el que volvía, quiso hacerle blanco de sus ironías; pero Rouletabille, que había visto representar *Miguel Strogoff*, le lanzó al rostro un ¡servicio del Czar! que inmediatamente le volvió dócil como un cordero. Preparó la cuenta del joven, y le dió su pasaporte, que la policía había llevado por la tarde. Rouletabille escribió rápidamente a Kuprian unas líneas que el director del ho-